

impugnacion que inmediatamente propondré de la opinion ya insinuada de Locke.

Este filósofo, que conoció y confesó ingenuamente ser inexplicable la naturaleza de los actos de la mente humana, se dexó arrebatado del entusiasmo y de la demasiada libertad que tenia en pensar, y con fanatismo filosófico llegó á proferir la siguiente proposicion, en que los protectores del materialismo pretenden fabricar el fuerte de su doctrina. "No se puede demostrar, dice Locke, en la materia incapacidad esencial de pensar, porque para demostrarla era necesario que tuviéramos conocimiento de todas las propiedades esenciales de la materia; y el entendimiento humano carece de tal conocimiento." Esta es la nueva metafísica de Locke (1), segun la qual es im-

dice: "Todos los filósofos que he nombrado, hacen inmaterial al espíritu, y le conceden naturaleza que se mueve por sí misma, y está adornada de mente." Si en esta suposicion Hobbes hubiera fundado su sistema, este, aunque falso, no contuviera errores evidentes contra los principios de física y metafísica.

(1) *Essai philosophique concernant l'entendement humain par Mr. Locke, traduit de l'anglois par Mr. Coste.* Amsterdam, 1755, 4. Coste, en el aviso preliminar á su traduccion, dice, que esta habia sido vista y aprobada por Locke. El traductor, en el lib. 4, cap. 3, §. 6, p. 440, pone por notas al texto las respuestas que Locke habia dado á las objeciones de Stillingfleet sobre su opinion acerca de la inmaterialidad del alma. Coste me parece ser mas exácto en copiar las dichas respuestas, que sus objeciones. Las proposiciones que en el texto he atribuido á Locke, son la substancia de lo que él dice con expresiones di-

posible demostrar que la verdad no es mentira, porque para demostrarlo es necesario conocer todas las propiedades esenciales de la verdad y de la mentira,

y difusas: las pondré literalmente por no faltar á la fidelidad, y porque servirán para que mejor se penetre la impugnacion que haré. Locke dice en el lugar citado: "Nos es imposible descubrir con la contemplacion de nuestras ideas, y sin revelacion, si Dios no ha dado la facultad para conocer y pensar á algunos montones de materia dispuestos como ha querido ó juzgado convenir; ó si á la materia, de este modo dispuesta, ha añadido una substancia inmaterial que piense; pues que á nuestro conocimiento no es mas fácil concebir que Dios puede (si quiere) añadir á nuestra idea de la materia la facultad para pensar, que el comprehender que á esta materia une una substancia con facultad para pensar. La razon es, porque nosotros ignoramos en qué consiste el pensamiento, y á qué especie de substancia el Sér supremo ha hallado conveniente el conceder la dicha facultad." Hasta aquí Locke en el texto. En las notas, á la p. 441, se leen sus respuestas á Stillingfleet asi: "Convenigo en que no hay manera de concebir cómo la materia pueda pensar; mas inferir de esto, que Dios no pueda dar á la materia facultad para pensar, es decir, que todo el poder divino está reducido á limites estrechisimos; porque el entendimiento humano es limitado. Si Dios no puede dar á una parte de materia otra facultad sino la que los hombres pueden inferir de su esencia en general; y si la esencia, ó las propiedades de la materia se destruyen por todas las calidades que nos parecen ser superiores á ella, y que nosotros no sabriamos sacar como consecuencias de la materia, en este caso es evidente."

y el entendimiento humano no las conoce, ó ciertamente ignora si las conoce todas. Asimismo se inferirá necesariamente, que es imposible demostrar que el fuego no es agua, que lo blanco no es negro, que la tierra no es cielo, que el gato no es perro, que la quietud no es movimiento, que el círculo no es triángulo, &c. &c. porque el entendimiento humano no conoce todas las propiedades esenciales de estas cosas. Segun esta metafísica de nueva invencion, nada hay cierto en este mundo: todo se puede y debe negar; y nada se demostrará jamas. Tales son los principios filosóficos de este nuevo pensador, y de sus se-

quas
 „dente que se destruiria la materia en la mayor parte de
 „ los entes sensibles de nuestro sistema, como en las
 „ plantas y en los animales. No se alcanza á comprehender,
 „ cómo la materia pueda pensar; luego Dios no puede
 „ darle facultad para pensar. Si esta razon es buena, tam-
 „ bien saldria en otras ocasiones. No puedes concebir que
 „ la materia pueda atraer materia á alguna distancia, y
 „ ménos á distancia grande; luego Dios no puede darle
 „ tal poder. No puedes concebir que la materia pueda sen-
 „ tir ó moverse; ó incorporar un ente inmaterial, y ser
 „ movida por él; luego Dios no puede darle estas facul-
 „ tades. . . . No alcanzas cómo una substancia extendida y
 „ sólida pueda pensar; luego Dios no sabria hacer que
 „ piense. ¿Puedes tú concebir cómo piensa tu alma, ó có-
 „ mo una substancia piensa? Dirás que en realidad tu al-
 „ ma piensa: esto mismo conozco yo; mas desearia que
 „ alguno me enseñase cómo sucede la accion de pensar;
 „ porque confieso que esto es superior totalmente á mi
 „ conocimiento; no obstante esto, yo no sabria negar la
 „ exístencia del pensar.”

quaces: ellos dicen ser filósofos; mas esta filosofía es de quien sueña ó delira.

A la verdad, ¿quién hasta ahora, sin faltarle en parte el juicio, pudo pensar, y ménos afirmar, que no se puede demostrar absolutamente, que el círculo no es cuadrado, porque no se conocen todas las propiedades esenciales de estas dos figuras? ¿Quién ignora, que segun todos los principios de buena metafísica, basta conocer en el círculo una sola propiedad esencial que repugne á alguna del cuadrado, para que se afirme que este no es ni puede ser círculo? Segun los mismos principios, es innegable que para demostrar evidentemente la incapacidad para pensar en la materia, bastaria que en esta se conozca una sola propiedad esencial, que repugne á los actos mentales, ó al pensar del espíritu. Viniendo pues á la comparacion entre este y la materia, y al cotejo y examen de sus propiedades notorias, deberemos discurrir así. Sentimos dentro de nosotros mismos, y por propia experiencia conocemos, que el espíritu es activo, obra libremente, y que quando quiere empieza sus operaciones ó meditaciones, las promueve ó suspende segun su arbitrio; y por lo contrario conocemos especulativa y experimentalmente, que la materia, léjos de tener propia actividad para obrar ó suspender libremente la operacion que se le ve exercitar, es un ente perfectamente pasivo, y dotado de la virtud intrínseca de inercia; esto es, tiene la sola virtud pasiva, indiferencia ó inercia para moverse, mudar de movimiento, dilatarse, variar de figura, &c. sabemos que no produce por sí misma estos efectos, sino que necesariamente deben provenir de causas exteriores; y que la materia dura ó persevera en el estado que tiene de movimiento, quietud, de tal figura, &c. ó mientras dura el obrar de las

las causas que la violentaban, ó miéntras no haya causas contrarias, que obrando contrariamente la obliguen á variar de estado. Estos son principios, y efectos ciertos, sobre los quales, como sobre dos basas las mas sólidas é inmobiles de la naturaleza, se apoya, entiende y explica el obrar de esta. Por lo contrario experimentalmente conocemos, que el espíritu humano por sí mismo piensa, promueve, varía y suspende libremente sus pensamientos, sin influxo de causa extrínseca. La materia recibe impresiones solamente de objetos materiales; y el espíritu piensa sobre objetos inmateriales. La materia obra necesariamente forzándola á obrar así su virtud de inercia, que le impide ser activa, obrar por sí misma, y por sí misma suspender ó variar la operacion: todo lo contrario sucede al espíritu. Los efectos de la materia deben ser materiales y particulares; por lo que provienen de impresiones materiales y determinadas; mas los actos mentales son muchas veces objetivamente universales é inmateriales; y consiguientemente no pueden provenir de impresiones materiales.

De esta última proposicion resulta el siguiente raciocinio, con que mas y mas se aclara y demuestra su verdad. No pudiendo ser universal ninguna cosa material, y siendo universales muchos actos del entendimiento, estos no pueden ser materiales; porque si lo fueran, lo material podria ser universal; y si los actos de la mente por esta razon no pueden ser materiales, ¿cómo podrán concebirse efectos de substancia material? Lo extensible, lo divisible, &c. (propiedades de la materia) no pueden producir efectos que no sean extensibles, divisibles, &c. Si se me dice, que la materia pensante es un átomo indivisible y sin extension, responderé preguntando así: Si la materia pensante es un átomo indivisible, ¿todo átomo

mo

mo indivisible pensará? Pues si piensa todo átomo indivisible, todos quantos átomos hay en la naturaleza sensible deberán pensar; porque no hay razon para decir, que no sean indivisibles, como lo es el del alma pensante. En caso de ser un átomo indivisible la materia pensante, sus pensamientos serán otros tantos átomos, ó serán movimientos, ó efectos de impresiones en el átomo pensante. Los pensamientos ciertamente no pueden ser átomos que se reciban en el átomo pensante indivisible, porque un átomo indivisible no puede ser susceptible de infinitos átomos, quales serían los pensamientos; y porque en tal caso era necesario decir, que el átomo pensante criaba de nuevo ó de nada átomos; lo que ciertamente no se dirá por filósofo alguno. Si se me dice, que los pensamientos son movimientos del átomo indivisible pensante, se me vuelve á decir lo que se impugnó en la sentencia de Hobbes. Mas aunque se prescindia de la divisibilidad, extension y figura de la materia, propiedades incompatibles con los efectos ciertos del pensar, no se deberá prescindir de su inercia esencial, á la que repugna esencialmente la actividad de la mente pensante. Locke insta diciendo, que Dios puede añadir á la materia propiedades que nosotros no podemos concebir. Esto es cierto; pero tambien es certísimo, que Dios podrá destruir los entes, mas no hacerles esencial una propiedad incompatible ó repugnante á su esencia.

Locke, arguyendo contra la inmaterialidad del alma, funda sus razones en que no debemos negar la posibilidad que no podemos concebir. Si esta razon valiera, tampoco él debería afirmar como ciertamente posible lo que por experiencia ó razon no conoce ser tal. Mas los contrarios que impugna Locke, no niegan la posibilidad de un átomo pensante, porque

no

no la pueden concebir ; sino porque la conocen esencialmente repugnante á las propiedades claras de la materia. Si á esta se concede posible la facultad activa de obrar materialmente , es necesario desterrar de la filosofía y de la mente humana la idea que se forma de su esencia : y esta idea se deberá tener por quimérica , si á la materia se concede posible la facultad de obrar mentalmente. Estas conseqüencias se inferen necesariamente en caso de afirmar posible la facultad de pensar en un ente material.

Las ideas de Locke sobre la posibilidad de la materia pensante , y las conseqüencias que de ellas se inferen , podrán dar motivo para que se juzgue que Locke negaba la inmortalidad del alma. Esta acusacion preocupó á Locke diciendo en el lugar citado: "No pretendo con mi opinion disminuir la creencia de la inmortalidad del alma.... porque en el estado en que al presente vivimos , que no es de vision (locucion que usan los teólogos) , la fe y la probabilidad nos deben bastar para muchas cosas ; y respecto de la inmaterialidad del alma , de que ahora se trata , si no podemos llegar á su certidumbre demostrativa , no nos debemos maravillar. Todos los grandes fines de la doctrina moral y de la religion se apoyan sobre excelentísimos fundamentos , sin la ayuda de las pruebas de la inmaterialidad del alma , sacadas de la filosofía ; pues que es evidente , que el Sér supremo que nos ha empezado á dar aquí la subsistencia como de sensibles é inteligentes, y que en este estado nos ha conservado muchos años, puede y quiere hacernos gozar tambien de un estado siempre de sensibilidad en otro mundo , y hacernos capaces de recibir la pena ó el galardón que ha destinado á los hombrés , segun su conducta en esta vida. Por esta razon la necesidad de determinarse en favor ó en

»contra de la inmaterialidad del alma nõ es tan grande como algunos piensan." Yo concedo á Locke, que la inmortalidad del alma subsistiria segun toda razon filosófica aun en caso de ser esta un ente material ; pues que la materia existirá eternamente si Dios con su poder absoluto no la reduce á la nada, de que la sacó ; mas si la dicha inmortalidad es compatible con la materialidad , con esta no lo es la facultad de pensar.

Baste ya de impugnaciones. Me he detenido demasiado en insinuar las del moderno pensar de los nuevos filósofos que , queriendo darnos prueba de su fecundo ingenio, piensan y escriben con tanta libertad como si no hubiera otros pensadores en el mundo ; y como si no hubiera principios evidentes de ciencia alguna. Desde que hubo hombres en el mundo , hubo quien dixese quanto ahora nos dicen los modernos , pues sobre los asuntos especulativos que no dependen del tiempo , ni de la experiencia , el hombre desde luego , como se dixo (1) en otro lugar , llegó por razon natural á descubrir todo lo que naturalmente puede alcanzar el entendimiento humano ; y reduciendo esta doctrina á nuestro asunto , podemos y debemos decir , que la espiritualidad del alma fué desde luego conocida , admitida y confesada por todos los hombres , como se insinuará despues mas largamente. He dicho por todos los hombres , porque uno ú otro filósofo que la hayan negado , ó por mejor decir , que no la hayan querido confesar , por encontrar nuevos motivos de darse á los placeres de la carne , nada prueba ni debe probar , respecto del juicio comun de todo el género hu-

(1) En el segundo tomo de esta historia.

humano; como nada prueba, que un Heráclito (1) negase la quietud ó reposo á la naturaleza, que algunos filósofos (2) dixesen que el mundo era un animal, &c. para que no conozcamos evidentemente que hay quietud, que el mundo no es animal, &c. Esta respuesta desde luego debíamos haber dado á Hobbes, Locke, &c. sin necesidad de habernos detenido en impugnarlos; mas ya que la impugnacion por este motivo se hace casi inútil, podrá servir para dar mejor luz al asunto principal, que en este discurso nos hemos propuesto, y es la demostracion de ser el alma substancia espiritual é inmortal, de que se trata en los siguientes artículos.

ARTÍCULO II.

Naturaleza del espíritu humano, y su diversidad del alma de los brutos.

En un asunto, qual es el presente, que pertenece á la metafísica y física, es necesario que hablemos rigurosamente, segun los principios innegables de estas facultades; y entre estos el primero y fundamental que desde luego se ofrece, es, que las esencias de las cosas son inmutables é incapaces de ser conocidas en sí mismas, y que los efectos constantes y naturales nos dicen las propiedades en que aquellas intrínsecamente consisten. En esta suposicion no podemos dudar, que para conocer la esencia de nuestra alma tenemos mucho adelantado; pues el

hom-

(1) Plutarco, L. 1. sobre las opiniones de los filósofos, cap. 23.

(2) Plutarco citado, L. 2. cap. 2.

hombre siente prácticamente sus operaciones, y sus actos mismos intelectuales, y á este sentimiento práctico se sigue el conocer reflexamente tales operaciones y actos, lo que es otro medio infalible para suponer su existencia, y venir en conocimiento de su esencia. Es necesario persuadirnos, que suponer la existencia y esencia de una cosa, sin la prueba de las señales ó efectos ciertos, es discurrir como filósofos fantásticos, así como no confesar la esencia de la cosa que se descubre por los efectos, es de hombres obstinados á seguir el impulso de su entusiasmo, contra los mas evidentes principios de la razon, y contra los instintos de la naturaleza. Si yo veo, por exemplo, que un animal siente, debo necesariamente suponer en él un principio sensitivo. Si advierto que conoce, debo suponer en él un principio conocente. El sentir y el conocer suponen sus dos respectivos principios, como causas necesarias. En estas suposiciones no hay ni puede haber engaño, ni peligro de errar; pero lo podrá haber en que yo suponga acto de conocimiento lo que es, ó puede ser efecto de causa natural sin conocimiento; y por esto debo exâminar bien los actos que llamo de conocimiento, y cotejarlos con los efectos necesarios y naturales. Si un hombre criado solo en un desierto, sin haber visto animal alguno, llegase en edad crecida, quando su entendimiento estuviese formado, á ver un animal, á primera vista, creeria que todo su modo de obrar era por conocimiento; mas si continuando á ver el animal, observase atentamente que su obrar era tan constante como si fuese efecto de alguna ley de naturaleza, y despues viesse que este mismo obrar, y con la misma perfeccion se hallaba en todos los animales grandes y pequeños de la misma especie, desde luego empezaria

ria á sospechar que tales animales no hacian con conocimiento muchas operaciones, que á primera vista parecian hechas con advertencia. Si despues este hombre viendo las demas especies de animales, observase que cada una tenia su obrar diferentísimo y constante, y que ninguna aprendia de la otra cosa alguna; se figuraria ver en ellas otras tantas máquinas vitales.

Este discurso se verifica aun respecto de ciertas operaciones que, no siendo naturales ó comunes á todos los animales de una especie, aprenden algunos de ellos con la ayuda de la humana industria. El filósofo debe llamar á juicio estas operaciones, y analizar su naturaleza para descubrir si por ventura tales animales no son capaces de aprender sino ciertas operaciones que tengan relacion con las que á toda su especie dicta la naturaleza. De este modo debe proceder el filósofo para inferir si es necesario ó libre el principio de dichas operaciones no comunes. En una palabra, el filósofo debe inferir siempre de los efectos ciertos, bien conocidos y examinados, la naturaleza de su causa. Efectos materiales dan causas materiales: efectos espirituales dan causas espirituales: de principios necesarios proceden todos los efectos necesarios; y de causas libres provienen los efectos libres. Efectos imperfectos en qualquiera clase, dan causas imperfectas en la misma clase; y efectos de calidad dudosa, no pueden dar á conocer ciertamente la naturaleza de sus causas. Segun estas máximas fundamentales en la física y metafísica, expondré racionios que descubran la naturaleza del espíritu humano. Alma ó espíritu humano, se llama el ente que dentro de nosotros mismos es sabedor de sí mismo, de lo que hace, de lo que piensa, de lo que se ve y siente fuera de nosotros.

otros. La existencia de este ente se demuestra evidentemente por los innegables y sensibles efectos del conocer, pensar, dudar, &c.: "si alguno duda, dice San Agustín, vive." Si yo pienso, cierto es que en mí existe un ente pensante. Si dudo de mi existencia, la misma duda me dice que existo. Qualquiera acto mental demuestra, mas íntima y prácticamente que todo ejercicio corporal, la existencia del ente que nos anima. El pensar, conocer, dudar, querer, aborrecer, acordarse de cosas pasadas, &c. son efectos sensibles y ciertos que demuestran la existencia y natural capacidad de nuestro espíritu para exercitar muchos y diferentes actos. He aquí como, sin necesidad de los discursos prolixos de metafísica que se proponen en algunos artes de pensar, una simple idea ó reflexión de lo que pasa dentro de nosotros basta para que conozcamos con evidencia la existencia de nuestro espíritu, y su naturaleza.

El racionio hecho para inferir con certidumbre la existencia del espíritu humano y su naturaleza, sirve para descubrir en esta el principio de la libertad con que el mismo espíritu procede, el progreso de sus actos mentales, y sus varias propiedades. Prueba práctica de todo esto presento en las reflexiones siguientes. Aunque el conocimiento de la verdad me inclina á abrazarla, no obstante, por experiencia sé, que libremente la abrazo ó la rehúso. Libremente me detengo en su exámen: promuevo ó detengo mis dudas como quiero. Reflexiono sobre mis conocimientos, mis asensos ó disensos, y actos libres; mido su duracion, y exámino los fundamentos de su verdad ó falsedad.

La reflexión sobre mis actos mentales, me sirve de escala para que, sin perderlos de vista, vuel-

le á observar la varia naturaleza de sus objetos. Por mas ocultos que estos sean, me es sensible la idea de aquellos sobre que pienso; conozco que unos son materiales, cercanos á mí, ó distantes millares ó millones de leguas, y que con el pensamiento paso instantáneamente de unos á otros, sin conocer ni pararme, ni pasar por los que estan en medio: conozco que otros objetos no son extensos, ni divisibles, ni particulares, como los materiales: que de estos algunos como los representados por ideas generales (tales son *género, diferencia, semejanza, &c.*) no existen sino es en mi mente; y que algunos otros objetos (como son *ente racional, libre, &c.*) existen como existe mi alma pensante. De todas estas reflexiones ó conocimientos, desde luego infiero que mis actos mentales no son materiales, pues que unas veces abrazan en sí objetos materiales, sin pasar por los que estan en medio de ellos: otras veces abrazan objetos que no tienen mas existencia que la mental que yo les doy; y otras veces se ejercitan sobre entes invisibles, racionales y libres, los cuales serán espíritus, porque en ellos no encuentro sino razon, libertad, y otros atributos que no son materiales, ni tienen relacion ni dependencia de la materia. Ultimamente, reflexionando sobre lo que pasa entre mi cuerpo, y mi ente pensante; yo veo y experimento, que ciertos impulsos de aquel, sirven como de estímulo á la determinacion de los actos de este; y al mismo tiempo experimento, que el ente pensante queda superior siempre que quiere; y cede igualmente á los impulsos quando quiere: por lo contrario experimento, que á la voluntad del ente pensante se mueve el cuerpo: que este, como por un efecto natural, se disturba al suceder qualquier aflicción del ánimo: veo últimamente, que haciéndolo

dose sensible al espíritu qualquiera ligera impresion en el cuerpo, este tal vez se halla atormentado é inminente á su destruccion, y que el espíritu tal vez ocupado en sus ideas interiores, nada siente, como sucede al valeroso soldado que pelea hasta el último aliento; y tal vez conociendo y sintiendo su tormento, como sucede á muchos enfermos, se mantiene superior é inalterable en medio del extremo dolor del cuerpo. De aquí desde luego infiero, que entre el cuerpo y el espíritu hay una especie de comercio, en el que este hace de amo, y aquel de criado: que el espíritu debe ser substancia para poder causar disturbios sensibles en el cuerpo, y que es substancia de orden sumamente superior.

Hemos inferido hasta aquí por medio del práctico conocimiento de nuestros actos mentales, de los objetos sobre que se ejercitan, y del superior obrar del espíritu, su naturaleza de substancia inmaterial, racional y libre: probemos ahora lo mismo por medio del raciocinio abstracto, fundado en lo que se ha expuesto.

Llamamos ó entendemos por substancia ó sujeto de un ente, lo inmutable de él á distincion de las cosas que en él mismo se mudan, y que llamamos con razon modos. Vemos pues, que en el ente pensante que está dentro de nosotros, existen sucesivamente como modos, varias acciones ó actos de entender, acordarse, querer, aborrecer, &c. y que al mismo tiempo aquel ente permanece invariable, inmutable, y siempre el mismo, como sujeto que recibe las dichas acciones ó modos. El ente pensante es el que produce tales actos, ó porque quiere, ó porque es llamado por las impresiones externas, y de esto se infiere nuevamente, que él es substancia activa; porque los modos no producen modos, y si